

MANUEL M. FLORES: BASES PARA OTRA LECTURA DE *PASIONARIAS*²

MANUEL M. FLORES: BASIS FOR ANOTHER READING OF *PASIONARIAS*

Roberto Martínez Garcilazo

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA (MÉXICO)

Resumen

En este artículo se hace una revisión de las principales lecturas del libro *Pasionarias*, del poeta poblano Manuel M. Flores, realizadas a partir del siglo XIX y hasta el XXI por distintos académicos, escritores y poetas. Al realizar ese recorrido comprobamos que la lectura de *Pasionarias* únicamente se ha ocupado del estudio de la biografía del poeta y del contexto social. Este artículo propone otra lectura: atender el texto de *Pasionarias* y centrarse

2 El presente artículo forma parte de la investigación doctoral que Roberto Martínez Garcilazo desarrolló sobre la poesía de Manuel M. Flores y que concluyó satisfactoriamente a fines del año 2019 obteniendo el grado de Doctor en Literatura Hispanoamericana por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Lamentablemente en el curso de revisión del artículo sucedió su repentino y lamentable deceso. Lo publicamos con autorización de sus herederos universales y con la ayuda de su hijo, Miguel Ángel Martínez Barradas, con la intención de cumplir con un compromiso y para recordar al poeta, gestor cultural, estudioso de la literatura y también un ser humano que comprendió lo que verdaderamente importa en nuestro paso por esta vida (N. del E.).

en la idea de conflicto como núcleo conceptual de la poética de Manuel M. Flores.

Palabras clave: Manuel M. Flores, *Pasionarias*, Romanticismo, Poesía s. XIX, Literatura en Puebla.

Abstract

This article revises Manuel M. Flores' *Pasionarias* taking as a point of departure the readings made by different academics, writers and poets since the 19th century and up to the present day. With this review, it is found that the readings of *Pasionarias* have focused solely on the author's biography and social context. Instead I propose a reading of *Pasionarias* centered on the idea that conflict is the conceptual center of Manuel M. Flores' poetry.

Keywords: Manuel M. Flores, *Pasionarias*, Romanticism, Poetry 19th century, Literature in Puebla.

Preámbulo

Manuel M. Flores no formuló una poética, sino un conjunto de preguntas, y de ellas la más importante fue su inquisición sobre la comunión amorosa. Flores no escribió artículos políticos en los periódicos, ni militó ejemplarmente como Ignacio Ramírez, Ignacio Manuel Altamirano o Guillermo Prieto para construir la República liberal, pero sí dedicó sus días a examinarse y a construir su individualidad por medio de la lectura, la escritura y el placer. Las preguntas de Flores hoy están muertas en el papel o en el olvido, pero en sus días fueron acuciantes porque fueron formuladas por un hombre singular, por una personalidad estética que hoy es el poeta romántico mexicano paradigmático; esto según la opinión de Octavio Paz y de José Emilio Pacheco, como se examinará más adelante.

Cada generación literaria posee una sensibilidad y experiencias propias, por eso es posible que, en este caso, el magisterio de la presencia del poeta Manuel M. Flores sea irrecuperable y, en consecuencia, que sólo me sea dada la posibilidad de construir una conjetura. Sin discutir la validez del aforismo de Schleiermacher de que “el mundo exterior tanto con sus leyes más eternas como con sus fenómenos más fugaces, nos refleja igual que un espejo mágico, con mil delicadas y sublimes alegorías, lo íntimo y supremo de nuestro ser” (2004, 12), y aceptando que cada generación establece su propia percepción y tabla de valores, tal vez hoy sea posible una lectura gratificante de las *Pasionarias* de Manuel M. Flores que nos permita mirar la vida de otro modo.

Investigaciones y juicios precedentes en el ámbito mexicano

Manuel M. Flores, su vida y su obra (1946) de Margarita Quijano fue originalmente la tesis que defendió la mencionada autora para obtener el grado de Maestra en Letras Hispánicas por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Sus principales aportes son seis: Primero, el planteamiento de la unidad indivisible entre vida y obra como una característica esencial del poeta. Segundo, la referencia a la condición de Flores como un hombre religioso adepto al catolicismo, un hombre en conflicto permanente con su intenso temperamento sexual. Tercero, la sugerencia de Quijano de que la sífilis, incurable hasta la segunda mitad del siglo XX, fue el elemento trágico que constituyó la poesía de Flores. Cuarto, la afirmación de que Flores, a diferencia de Acuña, no fue positivista y careció de vocación política: “La política nunca llegó a ser para él una pasión” (59). Quinto, su aseveración, fundada en la revisión documental, de que Manuel M. Flores no participó en la batalla del 5 de mayo de 1862. Y sexto, la caracterización del

poeta: “Flores era, por temperamento, un romántico que vivía a expensas de su sentimiento, sin brújula y sin meta” (103).

El artículo de Octavio Paz, “Introducción a la historia de la poesía mexicana”, publicado en París por la UNESCO en el año 1952, es la investigación precursora de los estudios poéticos del siglo décimo nono y en ella escribe:

El siglo XIX es un período de luchas intestinas y de guerras exteriores. La nación sufre dos invasiones extranjeras y una larga guerra civil que termina con la victoria del partido liberal. La inteligencia mexicana participa en la política y en la batalla. Defender el país y, en cierto sentido, hacerlo, inventarlo casi, es tarea que desvela a Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Ignacio Manuel Altamirano y a muchos otros. En ese clima exaltado se inicia la influencia romántica. Los poetas escriben. Escriben sin cesar, pero sobre todo combaten, también sin descanso. La admiración que nos producen sus vidas ardientes y dramáticas —Acuña se suicida a los 24 años, Flores muere ciego y pobre— no impide que nos demos cuenta de sus debilidades y de sus insuficiencias. Ninguno de ellos —con la excepción, quizá, de Flores, que sí tuvo visión poética aunque careció de originalidad expresiva— tiene conciencia de lo que significaba realmente el romanticismo. (...) La grandeza de estos escritores reside en sus vidas y en su defensa de la libertad. (17)

José Emilio Pacheco en su *Poesía Mexicana del siglo XIX*, publicado en 1965 por Empresas Editoriales, afirma que “al parecer, combatió en los dos sitios de Puebla 1862 y 1863 (...) Fue un verdadero poeta, y contra las apariencias (desorden, confianza en la inspiración, vida bohemia) se empeñó en aprender y perfeccionar su oficio”. Y después, profundizando en el asunto amoroso, añade:

El subjetivismo definió a los discípulos de Altamirano que formaron la segunda generación romántica. Algunos como Manuel M. Flores participaron en las guerras liberales. Otros, como Manuel Acuña, nacieron tarde para alcanzar la edad heroica. El gran tema ya no fue la patria sino el amor. El amor condujo al suicidio a Acuña, a la ceguera a Flores, a romper con la sociedad a Plaza, a volcarlo en sus hijos a Peza. Éste fue el único que mantuvo las creencias tradicionales. Los demás se consideraron 'hijos del siglo' transfigurado por el progreso. Es decir, materialistas y dolientes. (1965, 7)

Puede notarse de inmediato la valoración política que hace José Emilio Pacheco de los actos de los hombres que estudia. Esto es así porque para Pacheco la ejemplaridad de los hombres extraordinarios es la didáctica excelente de las virtudes civiles. En su concepción del hombre de letras no basta con poseer dominio técnico de su oficio ("expresión poética", la llama), sino que es necesaria, además, la compasión y la solidaridad con el prójimo ("lucha contra las iniquidades sociales", la considera).

La investigación *Manuel M. Flores: el artista y el hombre* (1969) de Grace Ezell Weeks plantea que la suya es una lectura de Manuel M. Flores desde fuera de México que pretende posicionar a Flores y a Acuña como representantes del romanticismo mexicano (Weeks, Tomo I, 5). Es una investigación biográfica y documental cuya finalidad es "demostrar", mediante un cruzamiento del diario *Rosas Caídas* con el poemario *Pasionarias*, la relación causal vida y obra. La Dra. Weeks realiza una interpretación lineal de las relaciones entre la prosa, la poesía y la vida del poeta. Supone una relación unívoca vida-obra. Propone que la obra es el reflejo de la vida. Postula la semejanza de los términos "sinceridad", "realidad", "verdad" e "inmutabilidad". Construye la noción de verdad a una acepción positivista y la realidad a la factualidad. Para Weeks, lo imaginado y lo soñado no son elementos de la realidad: lo real son los actos. Sostiene que es inadmisibles la proposición: la poesía confunde realidad y deseo; sueño y vigilia;

hoy, presente y futuro; yo y tú. Afirma que existe una relación causal, directa y nutricia entre la realidad y el poema. En conclusión, la suya es una metodología administrativa muy cercana al expediente médico, o policiaco. Y una vez explicada su metodología postula que el “romanticismo de Flores es absolutamente espontáneo y verdadero”, como su vida (290).

Finalmente, pero no menos importante, es necesario mencionar el trabajo de investigación de Alejandro Palma Castro y Alicia V. Ramírez Olivares, titulado *Eslabones para una historia literaria de Puebla* (2010). Esta obra, por su misma naturaleza de ensayo histórico, no tiene pretensiones de análisis textual, sin embargo, su perspectiva nos proporciona valiosos elementos para realizar una lectura profunda de las *Pasionarias*. La obra está integrada por seis capítulos: I. Resabios del barroco, fidelidad criolla; II. Momentos literarios durante la guerra de independencia; III. La mexicanización de la literatura; IV. Los efluvios del romanticismo; V. Entre lo moderno y lo antiguo: literatura para refrescar el corazón; y VI. Los olvidos de la Lira Poblana: la literatura femenina en Puebla.

En el capítulo cuatro, “Los efluvios del romanticismo”, los autores nos hacen ver la existencia de otros románticos poblanos, además de Manuel M. Flores (1838–1885): José María Esteva (1818–1904), Fernando Orozco y Berra (1822–1851), Manuel Ortiz de Montellano (1826–1880), Tirso Rafael Córdoba (1838–1889) y José Fernández de Lara (1846–1895). Es importante destacar la preocupación de Palma Castro y Ramírez Olivares (2010) por la ausencia de una historia de la literatura de Puebla. Este libro es un primer paso para subsanar esa lamentable carencia.

En conclusión, se puede afirmar, después de esta revisión, que no existen estudios detallados de la poesía de Manuel M. Flores. Quijano y Weeks, se perfilan por la exaltación de la vivencia o del contexto romántico; Pacheco se decanta por el mito del poeta soldado y el paradigma de las virtudes civiles; y Octavio Paz

deposita su atención en la exaltación de la grandeza de su vida desgarrada por el sufrimiento. Después de esta revisión, salta a la vista que el estudio textual de la poesía de Manuel M. Flores no existe, que la lectura atenta y comprensiva por parte de la academia de sus *Pasionarias* no existe. O, mejor dicho, que existía.

Perspectiva filosófica de *Pasionarias*

Iniciemos por Friedrich Schiller, en su obra *Sobre la poesía ingenua y la poesía sentimental*. Situado el hombre entre la necesidad de la naturaleza y la libertad de la voluntad, su misión es, según Schiller, someter a la Naturaleza sin sacrificarla y hacer de la moralidad del hombre una segunda naturaleza arraigada en la sensibilidad. Schiller ve en el estado estético, el estado más valioso, pero lo estético no consiste simplemente en una posición intermedia entre la necesidad y la libertad, en una atenuación del rigorismo de la ley moral por la libertad inherente a las formas de la belleza: lo estético es la condición de la moralidad, la forma que adopta la conciliación de lo sensible y de lo moral, es decir, lo pasional y lo ideal. En este punto es útil recordar el poema de Flores llamado “Pensar, amar”, mismo que puede funcionar como representación de la proposición de Schiller que anula la división entre vida y poesía.

Pensar. Decidme ¿qué nombre
se puede dar en la tierra
al infinito que encierra
el pensamiento del hombre? (vv. 1-4)
(...)
¡Amar! Perder, anhelante,
de la existencia la calma,
por el inefable instante
de dar un alma a su alma. (vv. 61- 64)

Según Schiller, el poeta ingenuo es naturaleza y el sentimental es el restaurador de la unidad entre realidad e ideal. El sentimental anhela lo perdido y representa lo ideal e infinito. Schiller es el único filósofo que posiblemente haya leído Manuel M. Flores, toda vez que tradujo uno de sus poemas, aquel llamado “Colón”.

En sus *Fragmentos críticos*, Schlegel postula que el poeta no tiene que someterse a los principios que supuestamente rigen al mundo, porque el mismo poeta es capaz de transformar al mundo. Hablando en rigor, el poeta crea mundos y con ello expresa la libertad máxima. Cuando en 1804 Schlegel se convirtió al catolicismo, encontró no únicamente una serie de dogmas, sino la expresión de la síntesis —que Schelling (arte y naturaleza) había buscado infructuosamente— entre lo finito y lo infinito. La concepción de la historia que Schlegel desarrolló destaca la revelación de Dios en el mundo por medio de la Iglesia. Para este pensador, en el curso de la historia Dios se revela al hombre y, simultáneamente, se le revela al hombre la Naturaleza, entendida como un conjunto de símbolos que finalmente pueden ser interpretados. No es ocioso recordar aquí a san Anselmo y su precursora formulación sintética: “*Credo ut intelligam*”. En este punto, debemos recordar que en la última década de su vida, Flores asumió cabalmente su credo religioso impulsado por el agudizamiento de sus enfermedades —la cirrosis alcohólica y la sífilis— dejando constancia de esto en su último poema, “Las estrellas”:

¿Dónde entonces están la tierra triste,
el hombre, y su delito?
El mundo de los hombres ya no existe...
¡Estoy solo con Dios en lo infinito...! (vv. 77-80)

Johann Gottlieb Fichte considera la realidad como auto-manifestación de la razón infinita, parte del principio de la unidad

trascendental de la conciencia y transforma el yo trascendental kantiano en principio metafísico y ontológico, llegando así al yo absoluto como principio supremo de todas las cosas. El sistema de Fichte es conocido como “la doctrina de la ciencia” (Wissenschaftslehre). El punto de partida y principio absoluto de su doctrina es el yo que se postula a sí mismo como sujeto absoluto y como autoconciencia originaria: como la fuente de todo saber y realidad. En 1800, Fichte publicó *El destino del hombre*, este libro es una obra de divulgación popular dirigido a un público general y no a los profesores que rigen las aulas universitarias. Es un manifiesto que Fichte escribió para defender su sistema filosófico-idealista y contra ciertas concepciones sobre la naturaleza y la religión. Con un lenguaje exaltado, Fichte sugiere un panteísmo romántico y, además, propone que el hombre, en tanto ser independiente y finito debe ser siempre colocado por encima de la naturaleza. En el caso de la poesía de Manuel M. Flores podríamos postular que la proposición del yo puro, del egoísmo ontológico, se trasmuta en el egoísmo poético fundante de su mundo lírico.

Friedrich Wilhelm Joseph Schelling es el filósofo del romanticismo, afirma Castaño Piñán, porque, de manera esquemática, en él es predominante la intuición, la fantasía creadora, el instinto y lo irracional. Schelling fue el creador de la filosofía natural romántica que concibe al universo como un organismo vivo y unitario (Castaño, 1985, 33). Para Schelling, la naturaleza es el espíritu visible y el espíritu es la naturaleza invisible. Postula, además, que el mundo está animado por un principio vital inmanente que enlaza la naturaleza orgánica con la inorgánica en un organismo total: el alma del mundo. Esto es Flores, en “Juventud”: “¿No flota en las alturas / Espíritu de amor, el Alma inmensa / Que derrama la vida en las creaturas?” (vv. 54-56).

La filosofía del arte de Schelling representa la unificación del sujeto y del objeto, del Espíritu y de la Naturaleza. La relación con Flores está dada por la tesis deísta que subyace en las pos-

turas de ambos: el mundo está animado por un principio vital inmanente, la llamada “alma del mundo” es la providencia.

Heinrich Heine ha sido estudiado entre otros por Emilio Uranga (1921-1988). El filósofo mexicano cuya trayectoria intelectual partió de la filosofía alemana y terminó en la literatura —ejerciendo la crítica— dedicó varios de sus ensayos al romanticismo alemán. Del texto dedicado a Heine entresacamos las siguientes líneas:

El libro de los *Cantares* goza entre el público alemán de una popularidad comparable a la que tienen entre nosotros las *Rimas* de Gustavo Adolfo Bécquer. Más aún, muchas de sus poesías nos hacen pensar, inequívocamente, en Bécquer. Como ésta elegida al azar, en la traducción de Teodoro Llorente: ¡Están emponzoñadas mis canciones!... / ¿No lo han de estar, mi amor? / Tú mataste mis dulces ilusiones / Con tósigo traidor. // ¡Mis canciones están emponzoñadas!... / ¿No lo ha de estar, mi bien? / Llevo en el alma sierpes enroscadas; / Te llevo a ti también! (1991, 40)

Manuel M. Flores también ha traducido estos versos de Heine. Ésta es su versión: “Que hay en mis versos veneno... / Eso dices... ¿Cómo no / Si de veneno llenaste / Mi vida y mi corazón? // Que hay en mis versos veneno!.../ Y ¿cómo no haberle, di, / Si en mi alma llevo serpientes / Y además te llevo a ti?” (120)

La superioridad de la traducción de Flores, me parece, es evidente. Por otra parte, llama la atención la interpretación que de Heine realiza Uranga, en el sentido de concebir al romanticismo alemán como un fenómeno reaccionario, nostálgico del feudalismo y definitivamente católico. Llega a afirmar que la historia del romanticismo alemán contiene dos factores: la historia de las conversiones al catolicismo, y la mezcla ideológica del germanismo y el catolicismo. Esta idea del romanticismo como una teología enmascarada que oculta los estertores agónicos del cristianismo

es una interpretación rica en posibilidades. Concebir la poética del romanticismo como sierva de la religión nos acerca al discurso de Lukács y a su caracterización del romanticismo como una variedad de la ideología del irracionalismo burgués. Uranga dice:

Como estudiante recuerdo haber oído de mi maestro, el Dr. José Gaos, la interpretación de ‘la gran filosofía alemana’, la que va de Kant a Hegel, como una ‘gigantesca empresa, la última, de salvación del cristianismo’. Frente a una modernidad inmanentista, atea, materialista y científica, el idealismo alemán solía ser contrapuesto como una magna teodicea. (143)

En este punto es conveniente recordar la opinión supraescrita de Quijano al respecto y los versos de “Juventud”, de Flores, por supuesto:

Yo soy la chispa divina
Con que Dios prende la llama
A cuyo fuego se inflama
La vida en la Creación. (vv. 127-130)

En *Las Raíces del Romanticismo*, escribe Isaiah Berlin, en las primeras páginas del que se ha convertido en un clásico contemporáneo:

Los románticos no estaban interesados en el conocimiento, ni en el avance de la ciencia, ni en el poder político, ni en la felicidad; no querían en absoluto ajustarse a la vida, encontrar algún lugar en la sociedad, vivir en paz con su gobierno (...) creían en la necesidad de luchar por sus creencias aun con el último suspiro de sus cuerpos, en el valor del martirio como tal, sin importar cuál fuera el fin de dicho martirio. Consideraban a las minorías más sagradas que las mayorías, que el fracaso era más noble que el éxito, pues éste último

tenía algo de imitativo y vulgar. (2000, 24)

Pareciera que las líneas anteriores son el retrato hablado del poeta Manuel M. Flores, un retrato no edificante, una versión que no es hagiográfica como la de Altamirano. Leamos esto que pertenece al poema “Orgía”, que por cierto está dedicado al que fuera Ministro de Justicia del presidente Juárez, son las últimas estrofas:

En dónde está el Poeta, sacerdote
implacable y severo de la idea,
que en tu carne crujir haga el azote?,
oh, sociedad hipócrita y atea!
El poeta para ti sólo es un paria;
pero -ignorado Prometeo del suelo-
en su alma lleva inmensa y solitaria
la sacra lumbre que robara al cielo.
El poeta, el soñador, el rey proscrito,
hijo del pensamiento y la visión,
cruza la tierra y marcha al infinito,
a solas con su ideal en la Creación. (vv. 165-176)

Ahora bien, es pertinente traer aquí dos aportaciones más de Isaiah Berlin: la formulación aforística del romanticismo es “*Volo ergo sum*”, misma que podríamos verter al español como “deseo luego soy” o “quiero luego soy”. Y, en segundo lugar, la idea de que en contra de la tradición occidental que propone que la virtud es conocimiento, el romanticismo postula dos nociones rupturistas: la idea de la existencia de una voluntad ingobernable que consiste en crear nuevos valores, no en conocer los existentes, y la de que no existe una estructura determinada del mundo, de las cosas, de que no hay un modelo al que debemos adaptarnos, de que existe solamente un flujo que es la interminable creatividad propia del universo.

El falso Byron mexicano

Ignacio Manuel Altamirano, el político profesional que lo mismo enjuició textos literarios, como crítico e historiador, y hombres, como ministro de justicia, es célebre por la deliberada adulteración biográfica de Manuel M. Flores para convertirlo en el mito del poeta liberal que empuñó la espada, contra la invasión francesa, en el Fuerte de Guadalupe, el 5 de mayo de 1862. En un texto conocido como *Carta a una poetisa*, publicada en 1872, esto es 10 años antes de la publicación de la segunda edición de *Pasionarias* en la que aparece el prólogo de Altamirano, quien crea el mito del Byron mexicano, podemos leer el núcleo conceptual de la futura tergiversación de la vida de Flores: Debemos poetizar la historia nacional y escribir una nueva poesía heroica que cante la preciosa calidad de ser mexicanos y ser padres de la patria. El heroísmo patriótico es una categoría estética: es lo sublime nacional (1872, 56).

Este es el punto nodal de su adulteración: en consonancia con su poética de la hagiografía de héroes nacionales creó esta imagen propagandista de un poeta-soldado-juarista:

Flores tomó parte en la política liberal, y tan pronto como se vio libre de los encantos de su Circe, fue a combatir en Puebla en la primera oportunidad. Defensor siempre de su patria y de sus ideas, con la pluma y con la acción, supo en la guerra de intervención cumplir con su deber como soldado, y a consecuencia de esto, no tardó en ser perseguido y preso en el Castillo de Perote, por orden del general francés De Thun, comandante de Puebla. Permaneció encerrado en las mazmorras de la vieja fortaleza con su hermano Luís, por espacio de cinco meses, hasta que salió para ser confinado en Jalapa. (203)

Como sabemos por Margarita Quijano y por las crónicas que escribió el mismo Manuel M. Flores, el denominado por Altamirano “confinamiento en Jalapa” fue, en realidad, un placentero periodo de excesos eróticos y alcohólicos, y largos periodos de lectura y de escritura literaria.

Otra característica del “Prólogo” es que Altamirano utilizó el nombre del poeta y la eventualidad de la segunda edición de *Pasionarias* para disertar políticamente sobre el americanismo cultural. La conducta de Altamirano fue impulsada por el poder, no por la poesía. No olvidemos que la carrera política de Altamirano continuó en ascenso y que culminó brillantemente en 1893 como embajador de México en Italia. Anotemos aquí que Flores murió en la miseria en 1885 sin haber conseguido el pago de su pensión como legislador.

Distingo en el citado “Prólogo” las siguientes cuatro tesis útiles para la dilucidación de su poética: Primera, el nacimiento de la poesía sudamericana ha sido un verdadero génesis, y no la reproducción del arte antiguo implantado en el Nuevo Mundo. Segunda, los pueblos americanos tuvieron su lengua, después tuvieron sus libertades y sus instituciones políticas, luego tuvieron su literatura. Asumieron su derecho en materia de nacionalidad y pudieron asumirla en materia de idioma. Tercera, el vate mexicano no es hijo de la vieja literatura europea, buscando el “*quid divinum*” en la inspiración libre del alma americana, en medio de los deseos, de las tristezas o de las aspiraciones de nuestro mundo social, encontró la fuente de la originalidad necesaria para desencadenar su numen; se dejó arrebatar por él y fue poeta: osado, extraño, original. Cuarta, la belleza poética hace olvidar el defecto prosódico y el juego pueril de la combinación métrica.

Llama nuestra atención la audacia de los planteamientos, que rayan en lo absurdo. Veamos: 1) Es insostenible la idea de una génesis espontánea de la poesía sudamericana que utiliza la lengua española, acrisolada en el griego y en el latín, como medio

expresivo. 2) La lengua de los pueblos americanos es la española y a través de ella participan de la tradición clásica y judeocristiana. 3) En contra de lo asentado por Altamirano, podemos decir que el “vate mexicano” es hijo legítimo de la vieja literatura europea y de las tradiciones literarias prehispánicas. No existe esa pretendida originalidad extrema, es inconcebible en términos culturales. 4) Este aserto de Altamirano sólo podría ser verdadero sustituyendo “belleza poética” por revelación o comunión mística. Nada de lo anterior establece relación con la producción poética de Manuel M. Flores, habida cuenta de su cosmopolitismo y habilidades para la traducción literaria.

En su afán de ser totalmente nuevo Altamirano incurre en la insensatez, tal vez también en demagogia. Sin embargo, también debemos consignar lo que podríamos llamar el valor fluctuante de la poesía en aquellos tiempos. Esa ondulación o variedad conceptual para enmarcar la poesía tendría como ejemplo las opiniones de Juan de Dios Peza, el gran amigo y confidente de Flores, el hombre que era prácticamente su concuño, ya que era novio de Asunción de la Peña, la hermana de Rosario. Pues bien, Juan de Dios Peza escribió el prólogo del *Álbum del corazón*, de Antonio Plaza, y vertió en esas breves páginas su concepción del poeta como un ser marginal, como un astroso personaje de la famosa novela *Escenas de la vida bohemia* de Murger:

El poeta moderno, el cantor de las miserias presentes, de los vicios de nuestra sociedad, de las pasiones de nuestras almas nutridas en un medio de corrupción e incredulidad incomparables; el trovador de las dudas, de las decepciones, del desencanto actual, no busca el sillón académico, ni el visto bueno de las universidades, sufre, se duele, se plañe y lanza sus cantos a los cuatro vientos sin otro afán que el de ser comprendido por los que, como él, se encuentran enfermos de idénticos males. (1899, 14)

Ahora bien, bajo esta negra luz debemos asentar que no existe semejanza entre la poesía de Plaza y la de Flores: la primera es gruesa y sin lustre; la segunda es refinada, cosmopolita e ilustrada. Luego entonces, el hiperbólico comentario de Peza sobre Antonio Plaza no podría aplicarse a la poesía de Manuel M. Flores, pero es útil para abocetar el heterogéneo contexto cultural de la época. Ergo, en las últimas décadas del siglo XIX existieron en México dos expresiones románticas fundamentales: la popular nacionalista y la elitista cosmopolita. La idea de lo romántico que se instauró desde las ideas de Altamirano y Peza es superficial, localista y republicana.

En relación con esta última característica, es útil recordar aquí la condescendiente descalificación que de Marcos Arróniz realizó Altamirano, en el prólogo de *Pasionarias*, al escribir que “no amaba la Libertad, la combatió sirviendo al dictador Santa Anna contra el pueblo” (XII).

Conflicto

La coexistencia de entidades antagónicas en *Pasionarias* podemos agruparlas en dos aspectos temáticos fundamentales de su obra poética: lo religioso y lo erótico.

El conflicto religioso: la religión es signo de lo absoluto, representación de lo eterno en el tiempo, de lo ideal en lo histórico. Y el romanticismo de Flores es una religión enmascarada, en “Adoración” escribe:

Como al ara de Dios llega el creyente,
Trémulo el labio al exhalar el ruego,
Turbado el corazón, baja la frente,
Así, mujer, a tu presencia llego (vv. 1-4).

La idea de que el amor es una religión es producto de la sustitución de los factores que integran a su etimología. Re-ligar: volver a unir a Dios con su creatura; religar, volver a unir a los amantes separados por el demiurgo para recuperar la “completud”, ya que de otra manera seremos imperfectos, es decir, inacabados, seres sin límite, porque el hombre perfecto es el que posee el límite de la mujer amada.

Ahora, según Octavio Paz en *La llama doble*, tanto en el *Banquete* como en el *Fedro*, ambos, de Platón, se establece que en el amor existen grados: después de nacer de la contemplación de un cuerpo hermoso va de lo físico a lo espiritual, la belleza de la amada es la belleza de la forma eterna. No obstante, siempre ha existido la eventualidad de que tal comunión sublime no ocurra y que tanto la Divinidad como la Amada sean inaccesibles. Éste es de manera precisa el caso del paradigma de la Amada que ha construido *Pasionarias*: Rosario es el último peldaño de la escala mística y por ello, paradójicamente, es la mujer imposible, la casta, la flor, la rosa sagrada e intocada.

Tal vez el poema en el que Manuel M. Flores realiza la profesión de fe más clara y por ello conflictiva con sus creencias políticas sea el titulado “La cruz”, mismo que está dedicado a un conservador ilustre, a Tirso Rafael Córdoba, el ciudadano que polemizó contra Altamirano. En ese soneto describe cómo la “Roma triunfal” dio muerte en el patíbulo a un hombre extraordinario. Leamos las dos estrofas finales:

Dieciocho siglos ha... Tras gloria tanta
Besó Roma imperial el polvo inmundado
Del bárbaro feroz bajo la planta;
Mientras la cruz del Cristo moribundo
Entre el cielo y la tierra se levanta
Sobre el inmenso pedestal del mundo (vv. 9-14).

Este soneto es una declaración que pone en relieve el conflicto político entre su catolicismo y su filiación política por dos características: la desafiante profesión de fe y la dedicatoria a uno de los enemigos de Altamirano. En la imagen de la orgullosa Roma que ha caído y es hollada por las hordas de los bárbaros late la tentación de establecer el símil entre la iglesia y el juarismo.

El conflicto amoroso: el tipo de eros predominante es el de las “declaraciones de amor”. Y, de manera complementaria el de los “sueños de consumación del amor”. Esto es, el erotismo del encuentro y el erotismo de sueño del encuentro.

Como puede verse, en este esquema subyace el primero de los grandes conflictos que se reproduce concéntricamente: la vigilia y el sueño; la unión y la separación; el encuentro y el desencuentro; el placer y el sufrimiento.

Uno de los textos de esta poética de los Sueños de consumación del amor lleva por título precisamente “Mi sueño”, y estos son sus primeros versos:

Anoche tuve un sueño. Al pie de negra palma
Estaba yo sentado: la sombra me envolvía.
La soledad inmensa entristecía mi alma,
Un ruiseñor cantaba... Mi corazón oía:
Yo canto cuando abren,
Jazmines de la noche,
Las pálidas estrellas
Su luminoso broche,
A la hora en que se llaman
Los seres que se aman.
Yo soy entre la sombra
Heraldo del amor. (vv. 1-12)

Este eros es transfiguración y metáfora del mundo porque designa algo que está más allá de la realidad que la origina y, paradójicamente, construye un ideal de infinitud con la materia basta, la carne, la arcilla bíblica, de los cuerpos efímeros de los amantes.

Ahora bien, si desde la perspectiva de Schlegel, el poeta no tiene que someterse a los principios que rigen al mundo porque el mismo poeta es capaz de transformarlo, estamos frente a un escenario de conflicto del amante y la sociedad. Además, es necesario destacar aquí la fascinación que ejercen en Flores la castidad infantil femenina y la prostitución. En Manuel M. Flores funciona como manifestación de la unidad de los contrarios.³

Rinde homenaje a la doncella y a la meretriz y en esto reside uno de los valores de su poesía: es capaz de unir mundos que en la vida diaria —la normada, la institucional— se manifiestan de manera separada e irreconciliable. En esta vía, Octavio Paz, en *La llama doble*, escribe:

La relación entre erotismo y poesía es tal que puede decirse, sin afectación, que el primero es una poética corporal y que la segunda es una erótica verbal. Ambos están constituidos por una oposición complementaria. El lenguaje —sonido que emite sentidos, trazo material que denota ideas incorpóreas— es capaz de dar nombre a lo más fugitivo y evanescente: la sensación; a su vez, el erotismo no es mera sexualidad animal: es ceremonia, representación. El erotismo es sexualidad transfigurada: metáfora. El agente que mueve lo mismo al acto erótico que al poético es la imaginación. Es la potencia que transfigura al sexo en ceremonia y rito, al lenguaje en ritmo y metáfora. La imagen poética es abrazo de realidades opuestas y la rima es cópula de sonidos; la poesía erotiza al lenguaje y al mundo porque ella misma, en su modo de operación, es ya erotismo. Y del mismo modo: el erotismo es una metáfora de la sexualidad animal. ¿Qué dice esa metáfora? Como todas las metáforas, designa algo que está más allá de la realidad que la origina, algo nuevo y distinto de los términos que la

3 Las reiteradas apariciones del sustantivo “niña” a lo largo de las páginas de *Pasionarias* y el gran himno prostibulario titulado “Orgía”, en la última parte del libro, abonan esta proposición.

componen. Si Góngora dice “púrpura nevada”, inventa o descubre una realidad que, aunque hecha de ambas, no es sangre ni nieve. Lo mismo sucede con el erotismo: dice o, más bien: es, algo diferente a la mera sexualidad. (1994, 10)

Los siguientes versos pertenecen al poema “Pasión”:

Por estrechar tus manos virginales
Sobre mi corazón, yo de rodillas,
Y devorar con mis tremantes besos
Lágrimas de pasión en tus mejillas;
Yo te diera... no sé... no tengo nada... (vv. 29-33)

José Emilio Pacheco, en su *Poesía mexicana*, dice que Flores, como Efrén Rebolledo, escribió en los límites de lo permitido; en efecto, estos versos son de una audacia mayúscula, si no incurriera en irresponsabilidad escribiría que es *porno soft* del XIX. Pero también encontramos la referencia clásica a Hesíodo que, al definir al amor, dice que es la riqueza y la pobreza unidas.

Decir no a todos los poderes

Sin incurrir en los lugares comunes de la apología biográfica sentimental —son los casos de los trabajos de Margarita Quijano Terán y Grace Ezell Weeks Márquez—, ni tampoco en la adulteración política que falsifica sus actos —Altamirano— buscamos una visión que atendió el conflicto de su catolicismo y su pasión amorosa. Postulamos el conflicto como el motor, la energía vital, de su poesía.

Manuel M. Flores es, en aparente paradoja, una personalidad piadosa y hedonista. El cristianismo de Flores es de una variedad personalísima y su muerte algo tiene de martirio. La pasión amorosa en Flores es un impulso que desconoce las normas y reglas sociales. El poeta es un hombre aquejado por la incontinencia.

El poeta podría representarse como Pan, el dios pagano, y aceptando el recurso, podríamos visualizarlo en el primer poema de *Pasionarias* titulado “El alma en primavera”:

¡Sol de la juventud, en sed de amores
Tu ardiente rayo el corazón inflame!
¡Primavera del alma, dame flores
Que al son del arpa por doquier derrame! (2001, 3)

Manuel M. Flores representa un romanticismo reaccionario que propone el retorno a cierta Arcadia personal. Haciendo caso omiso de las recomendaciones de Altamirano, no canta a los héroes ni cultiva el costumbrismo. Se transforma en Pan y escribe:

Alegre y sola en el recodo blando
Que forma entre los árboles el río,
Al fresco abrigo del ramaje umbrío
Se está la niña de mi amor bañando.
Traviesa con las ondas jugueteando
El busto saca del remanso río,
Y ríe y salpica de glacial rocío
El blanco seno, de rubor temblando.
Al verla tan hermosa, entre el follaje
El viento apenas susurrando gira,
Salta trinando el pájaro salvaje,
El sol más poco a poco se retira
Todo calla... Y Amor, entre el ramaje,
A escondidas mirándola, suspira (55).

El poeta se trasmuta. Pan no es un ciudadano, es un monstruo hijo de un dios y una ninfa. Es un espíritu ctónico, una energía de la naturaleza interior, es un impulso vital. Así como Pan persigue y toma a las ninfas, así Manuel M. Flores toma a varias niñas en sus memorias eróticas (¿crónica o ficción?) tituladas *Rosas caídas*.

Manuel M. Flores es el hombre impuro, el símbolo del chivo expiatorio, la ofrenda ritual en la que los lectores proyectan y

expían sus pasiones más violentas y sórdidas. Las *Pasionarias* de Flores se leyeron popularmente durante generaciones, pero, en los tiempos actuales, es afición de especialistas.⁴

Manuel M. Flores escribió en el prólogo de la primera edición de *Pasionarias* que su obra era “para los que sienten, no para los que saben”. Y el filósofo Schleiermacher, por su parte, en *Monólogos*, publicado en 1800, escribió que el término estética significa “teoría de la sensación” y se contrapone a la lógica. Pues bien, ese impulso vital, clásico y ctónico, adquiere otra denominación y rango en el siglo XIX, Hölderlin lo llama “aórgico” y eso puede asumirse como lo abismal, lo discordante, lo sin medida, lo que está más allá de las instituciones y sus poderes. Este es el momento de recordar a Octavio Paz, el último párrafo de su *Introducción a la historia de la poesía mexicana*, son las siguientes palabras: La poesía es una de las formas de que dispone el hombre moderno para decir “no” a todos esos poderes que, no contentos con disponer de nuestras vidas, también quieren disponer de nuestras conciencias.

Pasionarias, de Manuel M. Flores, del poeta poblano que nació el 8 de septiembre de 1838 en san Andrés Chalchicomula, es una larga, deliciosa y terrible, forma de decir no.

4 La reciente reimpresión de *Pasionarias* la realizó la desaparecida Secretaría de Cultura de Puebla en 2001. Las ediciones precedentes son la española de la editorial Sopena, de 1947; la barcelonesa de la Casa Maucci, del año 1906; la mexicana de la Imprenta del Comercio de Dublán y Cia., de 1882; y, la edición príncipe, la poblana de la Imprenta del Hospital de San Pedro, de 1874. Sin duda, el cambio en el gusto literario popular y en la retórica, han sido determinantes en este sentido.

Referencias

- Altamirano, Ignacio Manuel. (2011). *Obras completas. Tomo XIII*, Escritos de Literatura y Arte. Selección y notas de José Luís Martínez. México: CONACULTA.
- Arróniz, Marcos. (2007). *La Lira Rota. Estudio introductorio y compilación de Marco Antonio Campos*. México: Coordinación de Humanidades. UNAM.
- Béguin, Albert. (1996). *El alma romántica y el sueño*. México: Fondo de Cultura Económica, Colección Lengua y Estudios Literarios. Cuarta reimpresión.
- Berlin, Isaiah. (2000). *Las raíces del romanticismo*. Madrid: Taurus.
- Fichte, Johann Gottlieb. G. (2000). *El destino del hombre* (prólogo de Federico Jodl). Trads. Eduardo Ovejero y José Gaos. México: Editorial Porrúa, col. Sepan cuantos.
- Flores, Manuel M. (2001). *Pasionarias. Obras. Tomo II*. México: Gobierno del Estado de Puebla. Facsímil de la edición de 1882. Secretaria de Cultura.
- _____. (2001). *Rosas caídas. Obras. Tomo I*. México: Gobierno del Estado de Puebla. Facsímil de la edición de 1882. Secretaria de Cultura. Impreso.
- Pacheco, José Emilio. (1985). *Poesía Mexicana I*. México: Promexa.
- Palma Castro, A. y Ramírez Olivares, A.V. (2010). *Eslabones para una historia literaria en Puebla*. Puebla: Ediciones de Educación y Cultura.
- Paz, Octavio. (1989). "Introducción a la historia de la poesía mexicana". En *Generaciones y semblanzas; Antecesores y fundadores*. México en la obra de Octavio Paz. México: Fondo de Cultura Económica.
- _____. (1994). *La llama doble. Amor y erotismo*. México: Seix Barral.
- Plaza, Antonio. (1899). *Álbum del corazón. Poesías completas*. México: Editorial El libro español.
- Quijano, Margarita, Ed. (1953). *Rosas caídas. Manuel M. Flores*. México: Imprenta Universitaria. Colección Textos de Literatura Mexicana.
- _____. (1946). *Manuel M. Flores, su vida y su obra*. México: Editorial Stylo.
- Schelling, F. (1985). *La relación del arte con la naturaleza*. Trad. Alfonso Castañón Piñán. Madrid: Editorial Sarpe-Aguilar.
- Schiller, F. (1941). *La educación estética del hombre*. Trad. Manuel G. Morente. Argentina: Espasa-Calpe.
- Schlegel, Federico. (1958). *Fragmentos*. Trad. Emilio Uranga. Ciudad de México: Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Archivo en PDF.
- Schleiermacher, Friedrich D. E. (2004). *Monólogos*. Buenos Aires: Editorial Aguilar.
- Uranga, E. (1991). *Ensayos* (presentación de Armando Gómez Villalpando). Guanajuato: Gobierno del Estado de Guanajuato.
- Weeks, Grace. (1969). *Manuel M. Flores: el artista y el hombre*. México: B. Costa Amic.